



# (CRÒNICA SENSE TÍTOL)

**Por Lara Rodríguez Crespo**

- Le duele mucho, -dice mirándome—, hemos venido ya varias veces hoy, pero nos envían a casa y ella dice que no lo soporta. Parece que siente contracciones muy intensas, no ha roto aguas y no sabemos si está lo suficientemente dilatada, pero no lo aguanta. Espero que la cojan ahora, si no tendremos que volver, que remedio, pero ni se puede sentar, está más cómoda de pie. Yo no sé que hacer para aliviarla, estamos muy nerviosos, es nuestra primera hija. Asiento con la cabeza sin saber muy bien qué decir y justo en ese momento se abre la puerta y sale un hombre al grito de: “¡Héctor!”.

- ¿Héctor, está aquí Héctor?

Parece extraño que haya emergido con ese ímpetu y haya empezado a gritar el nombre en todas direcciones y con una exaltación patente. Automáticamente, el chico se levanta y se apresura: “Soy yo, soy yo. ¿Qué pasa? “, responde angustiado. El hombre de laboratorio le sonríe fugazmente y simplemente le indica: “Nos la llevamos a quirófano, es el momento. Ahora sí, entra”. Y, así, desaparecen los dos. Con ellos, un remolino de incertidumbre.

Cuando entré, hace escasos cinco minutos, y vi a todos los sanitarios y pacientes con la mascarilla recordé que yo también tenía que ponérmela. Se me hacía difícil acostumbrarme a llevarla solo en los centros médicos. Me acerqué al mostrador de urgencias para explicar mi caso. Al otro lado, un funcionario, imperturbable ante la acostumbrada impaciencia de sus usuarios, me preguntó de cuántas semanas estaba, una pregunta, probablemente, que debía llevar formulando sin parar durante toda su jornada. Cuando le dije que de ocho, asintió y empezó a teclear en su ordenador tras recoger mi tarjeta sanitaria. Una vez finalizado el proceso habitual, me la devolvió y me indicó que fuera a una zona adyacente y esperara hasta que me llamaran.

Fui a la sala abierta esquivando un desfile de batas blancas sin rostro que se desplazaban de un lado a otro ansiosamente. Desde mi asiento podía observar una puerta que se abría cada vez que un sanitario pulsaba un botón gris al lado de la misma. Aquella era la entrada que conducía al otro lado y por donde pasaban las pacientes con más urgencia que la mía.

Dos personas sentadas en la sala contigua y adormiladas parecen encerradas en un sueño profundo e inquieto. ¿Llevarán mucho tiempo esperando? Es habitual que el ritmo del frenesí capitalista impida a las mujeres aspirar a la maternidad a temprana edad, pero desde luego era imposible que aquella señora estuviese esperando para ser examinada por su embarazo. ¿Sería, pues, alguna hija suya la que estaba siendo atendida? Entre cavilaciones dispares que evitan que me centre en mi propia circunstancia, me llaman por mi nombre. Me levanto tras expulsar un suspiro involuntario y, arrastrando mis pies, me dirijo a la estancia que ya conozco de sobras. Mientras me toman la temperatura para iniciar, entre tanto, el cuestionario habitual, me adelanto para evitar que me formulen en voz alta las preguntas que ya me sé de memoria:



- Tengo 29 años, este es mi tercer embarazo. No tengo hijos, no fumo, no bebo, hago deporte, no tengo ninguna enfermedad, no hay antecedentes familiares, estoy de ocho semanas, ya me hicieron una ecografía con miocardio positivo, he empezado a sangrar y sigo teniendo síntomas de embarazo.

Tal vez ha podido parecer un tanto frío y demoledor enunciarlo todo mirando a los ojos a la enfermera y sin titubear ni reaccionar. Mi voz ha sonado mecánica, como si un robot estuviera dando indicaciones a un interlocutor desconocido. Debí trasladar a la enfermera mi desasosiego oculto, pues fue ella la que titubeó al señalarme que me llamarían cuando pudieran atenderme. Estoy abandonando la habitación de los interrogatorios cuando otra bata blanca entra, agitada. Mientras me voy, puedo escuchar que al equipo le espera un día largo: tienen una cesárea segura y otra probable. No necesito más información para confirmar lo que ya sabía: las urgencias de maternidad son un espacio estanco en el que el momento se escabulle ante el planteamiento de un ser o no ser.

Cuando vuelvo del encierro momentáneo, de nuevo me siento en el privilegiado aposento de las vistas amplias. Los adormilados se han despertado y charlan entre murmullos. El tiempo se dilata y el tic-tac del reloj de pared de la estancia hace patente que la espera es lenta y apremiante. Tic, un suspiro. Tac, un bostezo. Tic, el espejismo de una puerta que se abre. Tac, la decepción de seguir esperando. En medio de aquel silencio contenido, de repente aparece una chica del otro lado. Se dirige negando con la cabeza hacia los que esperan con paciencia. Se levantan con una agilidad asombrosa. Podría decirse que aquellas personas eran como árboles meciéndose al son del ajetreo relajado de las urgencias y se han convertido, de repente, en pájaros ansiosos de alzar sus alas al viento.

- Solo queda uno, el otro ha dejado de desarrollarse.

Suspiran mirándose en una turbadora tranquilidad. La mujer se acerca a la joven y le acaricia el pelo, ella se deja arrullar mientras la edad de la inocencia se refleja en los rasgos de su cara angelical.

- Mejor uno que dos, hija, es mejor así.

Ella sonríe, apenada, pero con cierto alivio ¿Supone un descanso que uno de los dos haya abandonado la batalla por la vida en favor de un único superviviente? Sin más conversación, abandonan la estancia en un desfile casi militar, pero sin energía ni osadía, mas bien relajados y cabizbajos, con un andar pausado que hace recaer sobre las piernas todo el esfuerzo de mover un cuerpo pesado y exhausto.

El sonido de la máquina inmortal habitual de los hospitales cubre la calma acuciante de la sala. Parece detenerse el tiempo en un lugar en el que solo se esperan respuestas tras la paciencia inusitada del que, a veces, no quiere saber.

Mi ensimismamiento se ve abruptamente interrumpido por un grupo de cuatro personas que entra atropelladamente, invadiendo el espacio que hasta hace escasos segundos era exclusivo para mí. Detrás de aquel tumulto por fin mi alivio:

- He pedido que me dejaran salir antes, ¿estás bien?



Asiento sin ganas de pronunciar palabra y atenta al nuevo escenario de situaciones que se me presenta.

- Héctor, ¿te molesto? ¿Lleváis mucho tiempo dentro? ¿Cómo está ella? ¿Que le duele? ¿Pero ya ha empezado a dilatar? ¿Que va a ser lento? Eso es imposible, te lo dice su madre. Tres partos he tenido y los tres como si nada. Ya verás como tiene mi genética. Y la niña está bien colocada. En una hora, fuera. Que aguante un poco, que ella es fuerte.

Suspiro, pensativa. ¿Durará más el parto o mi espera? Tic-tac. Tic, expectación. Tac, nerviosismo, inquietud. Tic, se levanta un hombre, no, mejor se sienta, Tac, quiero ir al baño, pero, ¿y si me llaman? Tic, todo irá bien. Tac, ¿y si no?

El ruido ensordecedor del reloj lo atraviesa todo, escuchar el transcurrir del tiempo lo paraliza de una forma inexplicable. Líbrame de los segundos infinitos.

- Tranquila, todo está bien, estamos juntos en esto, te quiero – noto como me estrecha la mano mientras me sonrío y me siento culpable por sentirme tan sola.

El espacio cada vez se hace mas pequeño, empieza a comprimirse incómodamente. ¿Cuántos tics y cuántos tacs han golpeado la calma?

- Héctor, cariño, ¿por qué no me lo cogías? Ya lleva muchas horas. Sí, mi niño. ¿Qué quieres decir con que no sale? ¿Pero ella está bien? ¿Le duele menos con la epidural? Pero todo está bien, ¿no? ¿Agotada? Bueno es normal, yo recuerdo mi primer parto, que mal lo pasé, solo lo sabe una. Los minutos no pasan y cuando te vienen las contracciones... ¿Que viene el médico? Vale, vale, cariño. Pero llámame, que estoy nerviosa.

La habitación es más diminuta, solo estamos nosotros seis. Huele a un sudor pegajoso que no deja transpirar la piel. La tos, los suspiros y la respiración son los únicos conectores que mantienen la estancia viva.

- Héctor, cariño. ¿Qué? ¿Cómo que no se mueve? ¿De urgencia? ¿Qué quieres decir? - la mujer se rompe dejando que la voz tranquila de paso a una voz entrecortada – ¿Una cesárea? ¿Que el bebé está cansado? ¿Que significa eso? ¿Pero ya no estas con ella? Ay, por favor – la señora, cuya exaltación acaba de envejecerla diez años, se cubre el rostro con la mano que segundos atrás movía con ímpetu.

- Lara – una llamada desde el otro lado de la puerta interrumpe mi concentración. Me levanto enérgica, por un momento desorientada y me dirijo hacia la bata blanca. Recuerdo a mi acompañante, le miro mientras sostengo con fuerza el móvil, mi única forma de comunicarme con el exterior. Me dirigen a una habitación que ya me ha acogido otras veces y, casi de forma automática, me dispongo a coger el disfraz verde que me ofrece la doctora y a desnudarme de cintura para abajo.

- Bueno Lara, disculpa la espera, hemos tenido una jornada complicada. Estate tranquila, por lo que veo en el historial ya sabes el procedimiento.



Asiento tumbándome y noto al instante como me introduce ese aparato que descubre lo más íntimo de mí. Me aferro al móvil como si de un amuleto se tratara. Pasan unos segundos, tal vez minutos, en los que un envolvente silencio deja suspendida la incógnita de la vida. Sigo mirando la pantalla del móvil sin querer deshacerme de un recurso externo que me transporta fuera de ese sitio que, como la sala de espera, empieza a empequeñecer.

Al fin, una exhalación previa a las respuestas a preguntas que aún no me he formulado. Sigo mirando la pantalla del móvil. Me están escribiendo. Tic- tac, tic-tac. El tiempo sigue su curso sin detenerse. Tic, ya ha nacido, leo desde mi amuleto provisional. Tac: “Lo siento, Lara, el corazón ha dejado de latir”, me dice la doctora.